

Tú lo formaste grande en la pelea,  
Dulce en su hogar, en el consejo sabio,  
Dominador y dueño de sí mismo.....

¡ Ah ! do su imagen plácida se vea  
Agrúpanse tus hijos, de su labio  
A beber la lección del patriotismo.

#### IV

Cali, que al són de lánguidas palmeras  
Y bullidoras ondas te adormiste,  
Tú, cuya verde imagen-se reviste  
De albo jazmín y acacias placenteras ;

Tú con mudas palabras hechiceras,  
Tú con celeste magia me atrajiste,  
Y munífica luégo me ofreciste  
La más hermosa flor de tus riberas.

Hoy vuelvo á ti trayéndote la prenda  
Que tú me diste ; tu materno manto  
La envuelva, la acaricie y la defienda.

Amala, es tu hija y tu mejor amiga ;  
Que yo á mis solas te diré entretanto :  
¡ Cali, tierra feliz, Dios te bendiga !

HERNANDO HOLGUÍN Y CARO

---

## LO POSITIVO EN LA ENSEÑANZA

Con permiso de su autor, publicamos la carta que en el año de 1900 escribió al Sr. Rector, desde Londres, el Sr. Eugenio González Mutis, colegial de nuestro Claustro, doctor en Filosofía y Letras, autor de una excelente tesis sobre Didáctica, y hoy reputado oculista, como que fue en París alumno de la clínica de Galezowsky.

El Dr. González, de la familia del sabio naturalista D. José Celestino Mutis, joven dotado del buen sentido práctico de los santanderanos, testigo de la marcha industrial del pueblo británico, traza en una carta íntima el derrotero de un colombiano que va á establecerse en el Viejo Mundo; pinta *d'après nature* las dificultades que halla para sostenerse, é indica cuáles son los estudios que pueden abrirle á un joven—como se las abrieron al autor—las puertas de una honrosa y lucrativa carrera.

La carta dice así:

52—St. Charles Square—Londres, Julio 15 de 1900

Sr. Dr. D. Rafael María Carrasquilla—Bogotá

Mi muy querido maestro y amigo:

No sin sorpresa verá usted, al final de esta carta, el nombre de uno de sus antiguos discípulos, de quien tal vez usted se figure ahora, cuando todos mis compatriotas se hallan dedicados al divertido *sport* de la guerra—puesto que no otra cosa que verdadera vida deportiva constituyen ya en nuestra América estas anuales matanzas—que debe de andar por ahí cojeando en muletas, con algún hueso roto, ó vuelto todo un victorioso General.

Nada de esto, querido doctor; cierto que fui una de las víctimas de la guerra, pero mis batallas libradas aquí en Londres, fueron más fecundas, aunque no menos reñidas. Batallé como el buen Sancho, entre yangüeses, no como Don Quijote, contra molinos de viento; mi enemigo era menos noble, pero más formidable y cruel, puesto que amenaza al vencido con el peor de los suplicios, con algo que nosotros no conocemos por allá, con una especie de peste, endémica en las grandes capitales: la de Londres, que en todo Europa se ha hecho clásica, ha tomado, como tal, nombre de fuente latina: con ese lo menciono para que no suene tan vulgar; la llaman, por antonomasia, *London famine*.

¿Y qué otro podía ser mi enemigo? Pocos meses antes de la guerra dejé á Colombia, no para correr aventuras, sino para servir el Consulado de Marsella. Salí del país, puede decirse, en calidad de desterrado, que no otra cosa eran las letras patentes de un Cónsul en aquel entonces que la carta de Claudio dada con paternal cariño á los conductores de su sobrino.

Cuando llegué á Barranquilla, en viaje para Europa, ya no era Cónsul; me embarqué ignorándolo, y sin haber reducido á letras de cambio los recursos de que disponía en Colombia para procurarme así holgadamente *el pan del ostracismo*.

Como el objeto de esta carta es significarle mi agradecimiento por los estudios que bajo su sabia dirección hice en el Colegio del Rosario, y demostrarle á mis condiscípulos, para su propia edificación, hasta dónde es práctica y positiva la enseñanza *añeja*, que según nuestros más refinados utilitaristas, constituye el Doctorado de Filosofía y Letras, al cual tengo el honor de pertenecer, voy á contarle, con mi propia ingenua historia, para qué sirven y en qué concepto tienen aquí dichos estudios, conocidos generalmente con la denominación de Humanidades.

Después de haber viajado por España y Francia me establecí en Southampton con el objeto de aprender el inglés. Tres meses permanecí en dicha ciudad, cuando estalló la guerra en Colombia, subió el cambio, se acabaron las comunicaciones, no pude recibir ningún género de recursos y me vi reducido á la más desesperada situación. Por aquel entonces conocía muy poco la lengua inglesa, y no podía expresarme sino con gran dificultad.

¿Qué hacer en tales circunstancias? De joven, entre los catorce y diez y ocho años aprendí, en la Escuela de Artes y Oficios de Bucaramanga, con bastante perfección, el oficio de carpintero. En tal ocupación no me era indispensable conocer correctamente el idioma, puesto que sólo iba á ocuparme en un trabajo manual. Resolví, pues, tras-



ladarme á Londres con los últimos recursos de que disponía, los que sólo consistían en cuatro libras esterlinas, valor que obtuve de la venta de una bicicleta, último resto de mi antigua opulencia. Recuerdo que al dirigirme á la estación para tomar el expreso de Londres, salieron á despedirme mis dos únicos amigos ingleses: un joven Ship, comerciante en tabaco, y mi maestra de inglés. El primero me dio una carta para un hermano que tenía en Londres; en ella hablaba de mí, ¡oh ludibrio del destino!, como de un acaudalado sudamericano, candidato probable para organizar alguna compañía limitada (los ingleses tienen siempre en manos dos grandes proyectos: si son hombres, organizar un *Limited Company*; si mujeres, un *Boarding House*). Mi maestra llevaba el empeño de encargarme una colección de bordados irlandeses que sólo costaba, según me dijo, treinta libras!

Al otro día de mi llegada á Londres me dirigí en busca de trabajo á la Casa de Maple & C.<sup>a</sup>, que surte de muebles en Inglaterra y en gran parte de Europa, desde el tabuco del obrero hasta los palacios reales. Mi decepción, querido doctor, fue muy cruel apenas conocí aquellas enormes factorías en edificios subterráneos, húmedos y oscuros, donde sólo se oía el rugido del vapor y el chasquear de los dientes de las ruedas. Unos pocos operarios, de musculatura formidable, ennegrecidos por el carbón, trabajan allí; su oficio era dirigir los aceitadores mecánicos que lubrican la maquinaria; ¡ya ni para poner aceite vamos sirviendo nosotros los mortales!

Aquel día comprendí lo inútil que me era un oficio mecánico, aunque el más práctico y necesario de todos; comprendí que yo, por saber demasiado, no sabía nada, que era un ideólogo en materia de carpintería, un verdadero enciclopedista. El especialismo, llevado hasta el último extremo de divisibilidad en el trabajo, es lo único que vale en estos países, tanto en las artes manuales como en las profesiones científicas.

En estos grandes centros europeos son los periódicos una necesidad de primer orden, no para aquello de los *artículos calientes*, como decimos por allá, ni para hacer públicos los supuestos desdenes de nuestra *gentil Dogaresa* en tristes endechas, sino para aquello del pan llevar. La sección de anuncios personales de estos enormes diarios es el mejor medio de comunicación entre las clases proletarias y las ricas; todo es asunto de reclamo y todos leen los avisos, unos por necesidad, otros por pasatiempo, como pudiera leerse una historieta, una novela de esas que han dado en llamar *estudios psicológicos*; todo se anuncia: uno ofrece quitar las arrugas de las solteronas, otro depilar el bozo de las bigotudas, éste rizar las pestañas, aquél cura la absoluta sordera, otro cambia el color un tanto abigarrado de la nariz de los bededores. A propósito de esto último, recuerdo que alguien que prometía realizar tal prodigio mediante la módica suma de cinco chelines, recibió una carta de un bebedor escocés en que le demandaba tal favor. El anunciador en cuestión le preguntó antes de curarlo cuánto whisky tomaba al día, á lo cual respondió el escocés: “únicamente tres litros.” El anunciador le contestó á vuelta de correo: “ya no es posible volver sus narices al blanco puro, tómese cinco litros diarios para que se le pongan verdes.”

Sin saber yo ninguno de estos primores, acudí al más popular de los diarios, al *Daily Telegraph*, é inserté lo siguiente: “Un joven sudamericano, que apenas conoce medianamente el inglés, desea ocuparse como.....” Aquí venía lo grave del asunto. Yo, que había consumido el mejor tiempo de mi juventud estudiando griego, latín y literatura antigua; que en tratar de comprender las explicaciones de usted sobre el Sutilísimo Escoto me había esprimido los sesos y que contaba como mi mayor gloria el haberme leído en baja latinidad trozos de la Suma teológica del Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, llegué á creerme completamente ignorante é inútil, á renegar del Colegio del Rosario y de los estudios especulativos que allí hice.



Usted me perdonará esta flaqueza, esta apostasía momentánea, dado que las primeras impresiones que una ciudad como Londres despierta en el ánimo son enteramente de un orden material y pesimista. Llegamos á juzgar que el único fin del hombre civilizado es amontonar dinero, que el *Struggle for life* es el mismo *homo homini lupus* de Plauto. Nos vemos tan pequeños, tan insignificantes en medio de tan grande multitud, que llegamos á sentirnos completamente solos, absolutamente abandonados; todo humano orgullo concluye aquí ante el más completo de los anónimos, y se necesita de toda nuestra fe para seguir creyendo que en medio de esta confusión y al través de este cielo tan oscuro y pesado de Londres, no nos abandonan las miradas de Dios, única verdadera concepción del individualismo y de la grandeza humana, porque ante Él todos somos iguales.

Tienen los ingleses en su expresivo idioma una frase que del vocabulario biológico ha pasado al familiar, y que para mí representa todo el espíritu sajón: *the survival of the fittest*. Este tiene que ser el lema de todo luchador en la batalla por la existencia; pobre del que se quede atrás, del que no vaya bien armado. ¡Ay de los débiles! ¡Ay de los que no tengan recia musculatura, de aquellos cuya sangre se enfríe en los inviernos ó se coagule con los grandes calores! Aquí no hay conmiseración aparente para el vencido, todo lo contrario, reina el sarcasmo: al pie de Westchapel, el barrio de los grandes pobres de Londres, de la multitud más miserable de Europa, corre Cannon street, la calle de los grandes bancos donde se amontona el oro de medio mundo. ¡Junto al palacio del opulento tuesta castañas, el mendigo á quien las leyes prohíben pedir limosna! Sin embargo, este mismo *survival of the fittest* es el secreto de las grandes fortunas, de las grandes dignidades. El estímulo de una voluntad bien templada y enérgica. A él le debe el presente Alcalde de Londres haber llegado á la Metrópoli con cinco chelines por único

capital, y ocupe hoy el primer puesto entre los millonarios.

Templar la voluntad para el éxito es el principio de una buena educación inglesa. El vencido es responsable de su miseria, de su propio vencimiento. La sensiblería la reservan para los animales; recuerdo que al llegar á Londres lo aprendí objetivamente: se cayó el caballo del *cap* que me conducía, se volcó el vehículo, todos los transeúntes acudieron á levantar el caballo; para mí, que me hallaba maltrecho, no hubo en un principio ayuda alguna. ¡Primero estaba el animal por ser un simple bruto!

Nosotros los latinos, y en especial los suramericanos, tenemos, como enfermedad de nuestra raza, cierto horror al éxito, al que consideramos muchas veces como resultado casual, como fruto de la suerte. Siempre nos inclinamos del lado de las causas débiles, aunque no sean justas; tememos á los grandes caracteres, á las voluntades firmes. Creemos que la caridad debe ejercerse únicamente con el débil; negamos palmas al vencedor muchas veces y rodeamos de auréola al fracasado.

Recuerdo en varias ocasiones haber oído, al hacer el elogio fúnebre de alguno de nuestros hombres, decir, como resumen de su acrisolada honradez:

“Ha dejado á sus hijos en la miseria.”

Nosotros no tenemos valor para emigrar, y cuando lo hacemos procuramos buscar los climas malsanos, las regiones despobladas, los países menos civilizados é inferiores al nuestro, donde temamos menos la competencia. Preferimos perder el hígado entre los mosquitos á luchar entre sociedades cultas. No reconocemos que el hombre trabaja con más entusiasmo y se procura mayor riqueza cuanto mayores necesidades tenga, y que cualquier género de negocio, á no ser la explotación de florestas vírgenes, requiere la concurrencia de los demás hombres.

No vaya á figurarse, querido Doctor, que al hablarle así lo haga por hallarme convertido en un hombre prácti-



co, en un positivista á lo norteamericano, no señor, continuó con las mismas debilidades del soñador que usted conoció, sólo que ya no hago malos versos; pasé ya esa especie de sarampión que nos da á los colombianos como peste de la segunda infancia.

Le hablo de todo esto para que se dé idea de mi amarga situación cuando empecé á luchar, sin mayores esperanzas, en este medio tan diferente al nuestro.

El anuncio de que le hablaba antes de esta larga digresión, concebido en los más humildes términos, y que al fin no era otra cosa que un desahogo en medio de mi confusión para que todo Londres se impusiera de que había un desvalido más en la inmensa multitud, me trajo una carta que leí con la mayor emoción.

Era de un joven escocés, fellow de la Universidad de Cambridge; supo por mi anuncio que yo hablaba español, y me pedía le diera unas lecciones, porque su padre, un acaudalado comerciante en arroz, se proponía enviarlo á Barcelona á acaparar el artículo que llega allí procedente de las colonias de Africa. Sabía él algo de español, porque había vivido algún tiempo entre los judíos de Oriente, que todavía conservan el habla de Castilla tal como en los tiempos de los Luises de Granada y de León; por cierto que me hacía gracia oírle decir *jondo*, *jacha*, y conjugar con las terminaciones antiguas.

Empecé con gran entusiasmo mis lecciones de español; los ingleses, que carecen más que nadie del dón de lenguas, como después en mi larga experiencia lo he comprobado, gozan de modo especial cuando tartamudean un idioma extraño. Ellos desprecian todo lo extranjero, compadecen á quien no es *british*, pero cuando nos oyen hablar *holandés* (así llaman toda lengua que no entienden) crecemos ante su admiración.

Un día se presentó mi discípulo con un volumen en pergamino; era una edición antigua del *Quijote*, libro que todo inglés conoce de oídas, y del cual creen, como Vol-

taire, que es el único de la literatura española. Por lo que vi, era decidido admirador del ilustre Manco, había leído las primeras páginas con ayuda del diccionario, y tenía anotadas las palabras que no comprendía, que eran la mayor parte. Del primer párrafo logré hacerle entender, con gran dificultad, lo de "lanza en astillero, rocín flaco y galgo corredor," pero al llegar á aquello de "duelos y quebrantos," subió de punto su admiración cuando le dije que significaba algo parecido á mollejas de carnero ó sea *sweetbread*, plato muy común entre la pobrería inglesa, y que á mí me tenía, por más señas, muy hastiado. En las anotaciones al *Quijote* de D. Eugenio de Hartzenbusch había encontrado yo este peregrino significado. Semejante rasgo de erudición bastó para que el fellow de Cambridge, con la sencillez que caracteriza á todo inglés—distintivo hermoso de las gentes cultas y de las razas fuertes y superiores,—se mostrara sorprendido. Cerró el libro y dio principio á una larga serie de preguntas respecto de mi pobre personalidad, mis viajes, mi patria, mis aficiones. Me acordé de un objeto olvidado que conservaba oculto, puede decirse con vergüenza, en medio de aquella atmósfera de positivismo, de grosero mercantilismo. Traje un tubo de latón y en él un papel apergaminado escrito en latín como para hacerlo más ridículo.

Mi amigo lo desenvolvió; yo, todo ruborizado, esperaba una risa burlona. Cuando lo hubo leído, clavó en mí sus ojos azules, y me dijo:

"De manera que usted es Master in Arts, Doctor en Filosofía y Letras, ¿y con este diploma busca cualquier género de ocupación manual, como lo dice en su anuncio? ¿Ignora usted que consigo lleva el mejor título que puede adornar á un rico inglés? Aquí en Inglaterra no siguen estos estudios sino los hijos de los capitalistas y los segundones. Ellos, por lo tanto, no venden su trabajo. En el profesorado tiene usted un brillante porvenir, anúnciese usted en un diario y verá que le sobra trabajo lucrativo."



Al otro día apareció en el *Times* el siguiente renglón de letra diminuta :

*Young South American, Master in Arts, looks to COACH.*

Mis amigos Guillermo Calderón y el Dr. Daniel Gutiérrez, á la sazón en Londres y que conocían mi situación, me preguntaron, por broma, si buscaba emplearme de cochero. *To coach*, á más de guiar caballos, significa conducir la enseñanza clásica de los que pretenden ir á Oxford ó Cambridge.

No había pasado un mes después de anunciarme, cuando ya era Profesor de latín, griego, español y literatura antigua en los siguientes establecimientos : Hugo's School, of languages, en 33, Gracechurch Street ; Bearlitz School, en Russel Square ; Hanover School, en Hanover Square y Goin School, aparte de alumnos particulares, cuyo número cada día va en aumento.

Este ha sido el objeto de mi carta, querido Doctor : significarle mi agradecimiento por los estudios que bajo su sabia dirección hice, y mostrarle que al diploma que en el Colegio del Rosario obtuve, debo no sólo el haberme salvado de la suerte que se me esperaba, sino el vivir hoy cómodamente y haber podido, al par que ganar mi subsistencia, dedicarme á serios estudios de Oftalmología, profesión que iré á perfeccionar á París, apenas concluya aquí.

Por eso guardo hoy, con sin igual cariño, mi tubo de latón con su pergamino y sus latinajos, y me siento con él tan seguro y descansado, como se sentiría el caballero antiguo al contemplar su acero toledano, después de victorioso en singular combate.

Su discípulo afectísimo,

E. GONZÁLEZ MUTIS